

cada Estado se garantizarán los derechos de las minorías nacionales: húngaros, ucranianos, polacos, alemanes y zingaros. Novedad importante es que la Asamblea Nacional, que hasta ahora se componía de una sola Cámara, será sustituida por un Parlamento bicameral —Cámara del Pueblo y Cámara de las Naciones—, cuyos miembros serán elegidos, en su totalidad, por sufragio universal.

El gobierno federal se constituirá sobre una base estrictamente paritaria; deberá elaborar el presupuesto y el plan de desarrollo económico, consolidar el orden interior y la seguridad del país y asegurar la defensa nacional. Además, le corresponderá llevar una política exterior pacífica, asegurar la información a la población y hacer respetar las leyes, los derechos y los deberes de los ciudadanos.

Cada Estado tendrá su gobierno: el checo —presidido por Stanislav Razi, ex ministro de Industria Química— contará con dos vicepresidentes del Consejo y quince ministerios o Comités de Estado; por su parte, el gobierno eslovaco estará presidido por

Stefan Sadovsky y contará con dieciséis departamentos ministeriales.

El Frente Nacional Checoslovaco agrupará junto al partido comunista los partidos autorizados: socialista, popular (católico), del Resurgimiento (eslovaco) y de la Libertad, también eslovaco, así como las diversas organizaciones de masa. Hasta ahora, el papel del Frente Nacional consistía en preparar las listas únicas de los candidatos electorales. En la actualidad, el Frente será el foro donde se localizarán las diversas opiniones, exigencias y críticas; existirá a nivel federal y al de cada uno de los Estados de la República.

El partido comunista checoslovaco seguirá siendo la «fuerza directriz» del país, pero debe adaptarse a la federalización. En su nueva organización, el presidium estará compuesto de un comité ejecutivo de ocho personas, de trece miembros de pleno derecho y de tres suplentes.

Designado por el general Svoboda, el nuevo presidente del gobierno federal será a partir de ahora Oldrich Cernik.

primeros hombres en la Luna», publicado en 1964, en sencillos términos novelescos destinados a la juventud (el libro está dedicado a sus hijas Iris y Margrit, «que vivirán en un mundo en el que los vuelos a la Luna serán cosa trivial»). En realidad, la primera atracción que el espacio ejerció sobre Von Braun era infantil, tomada de los libros de Julio Verne que leía en francés en el Liceo Francés de Berlín —donde, por cierto, sus notas escolares estaban por debajo de la media— y, según dice, adquirida también en los cuentos imaginativos de su madre. Von Braun, hijo de un barón prusiano que fue ministro con Von Papen, comenzó a disparar cohetes al espacio por puro juego, y con este afán de distracción y deporte formó un pequeño grupo infantil de lanzadores de cohetes. Estos niños estaban siendo observados por el ejército alemán. El ejército alemán trataba de burlar el tratado de Versalles, que le prohibía la fabricación de armas, encontrando una «fórmula nueva». Nadie había pensado en prohibir a Alemania la fabricación de cohetes, porque nadie, hasta entonces, había considerado los cohetes como un arma posible. El joven Wernher, que había pasado de mal estudiante a excelente físico y matemático impulsado por su afición, se vio con juguetes nuevos: un laboratorio de investigaciones puesto a su disposición. A los veinte años, en 1932, era jefe (civil) del centro secreto de Kummersdorf, y tres años después, dirigía la base de Peenemünde, rodeada de especialistas. En esta base Von Braun tuvo que derivar sus sueños astronáuticos a realidades más concretas: fabricó el cohete «V 2» (la V significaba «venganza») que cayó sobre Londres. Von Braun dirigió y sostuvo la base hasta 1945, año de la derrota alemana. Cuando todo estaba consumado, Von Braun, que tenía entonces treinta y tres años, montó en camiones tres mil toneladas de piezas y todos los archivos de la base, reunió un centenar de especialistas, y dirigió esta expedición hacia el cuartel general americano, donde se entregó. La expedición completa fue enviada a los Estados Unidos, que la instalaron en el Redstone Arsenal. Von Braun realizó allí para los americanos el cohete «Júpiter» y los satélites «Explorer». Más tarde, pasó al servicio de la Nasa, y en ella ha concebido, con sus colaboradores, todo el programa espacial que ha culminado con el «Apolo VIII». Cuando se le ha preguntado si no temía que sus cohetes armados con cabezas atómicas pudieran ser vehículo de una muerte masiva que multiplicase al infinito la que ya causaron sus «V 2» en la población civil de Londres, si no le inquietaba que quizá un día



JULIO VERNE: LECTURAS INFANTILES DE VON BRAUN

esas mismas armas pudieran servir contra su país, Alemania, Wernher Von Braun ha respondido con una frase que es el compendio de su moral personal: «Una vez que los cohetes están en el aire no es de mi incumbencia saber dónde van a ir a caer». Desprecia la política. Cree que si Hitler hubiese sido más modesto y menos absolutista, podría haber puesto a su disposición las nuevas armas dos años antes, y que la guerra hubiese cambiado de rumbo, y no encuentra diferencia entre las intromisiones de Hitler en el terreno de la ciencia y las de los políticos americanos, que de haberle hecho caso hubieran puesto en órbita un satélite artificial antes que los soviéticos. Lo único que le importa realmente en la vida es colocar en la Luna un artefacto creado por él, bajo sus planos y su dirección. Está a punto de conseguirlo. Tiene cincuenta y siete años, y considera, por lo tanto, que su biografía está apenas comenzada y que antes de que le llegue el retiro su sueño lunar habrá quedado muy atrás desbordado por realizaciones mucho más fantásticas. Von Braun es profundamente religioso y cree que su acción forma parte de los deseos de Dios. «Si Dios hubiese deseado que el hombre no saliese de la Tierra, habría creado una barrera impenetrable y hubiese obstaculizado nuestras tentativas para franquearla. No tenemos ninguna prueba de que tal barrera exista». Cree en la existencia de habitantes en otros planetas: «La vida es una idea divina y universal. Estoy seguro de que Dios ha sembrado esos granos en el cosmos entero, aunque sabía que muchos de ellos caerían en tierra árida. No tiene

EL PADRE DEL "APOLO VIII"

Von Braun, un sabio infantil



El hombre de Wernher Von Braun ha sido escasa y directamente mencionado con motivo del triunfal vuelo del «Apolo VIII». Puede decirse, sin embargo, que quien ha puesto en órbita

la cabina ha sido el sabio aristócrata prusiano, que tiene previstos, desde hace tiempo, todos los planes de la incursión a la Luna, y los ha publicado en un libro de divulgación, «Los

TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX

- El presupuesto portugués para 1969 prevé un sensible aumento de los gastos militares (doscientos veintiséis millones de escudos más que el año anterior), destinado, en su mayor parte, a luchar contra las guerrillas africanas.
- Desde hace unos meses, en Chile se habla con insistencia de un posible acuerdo entre la democracia cristiana y el P. C. con vistas a las elecciones parlamentarias de marzo próximo.
- Según una encuesta del Instituto Louis Harris, el 59 por ciento de los norteamericanos creen que el gobierno de Saigón impide que avancen las negociaciones de paz de París.
- Las investigaciones realizadas con relación a los vuelos espaciales U. S. A. han permitido, hasta ahora, aplicar en la industria y en la medicina 2.750 innovaciones técnicas.
- Participantes de treinta países han asistido en Cannes,

del 26 de diciembre al 3 de enero, a los «Encuentros internacionales del film para la juventud».

- El primer ministro sudafricano, John Vorster, ha anunciado que en 1969 «Africa austral continuará siendo la cabeza de puente de la lucha contra la agresión comunista en aquella zona».
- La policía disparó en un pueblecito hindú contra un grupo de manifestantes que protestaban por el control de nacimientos y atacaron las oficinas del «planning» familiar.
- Por vez primera en Gran Bretaña, un negro ha sido nombrado por la reina par vitalicio: se trata de sir Learie Constantine, antiguo diplomático y ex campeón de «cricket».
- Más de un millón de personas han asistido en La Habana al discurso de Fidel Castro, conmemorativo del décimo aniversario de la «rebelión» (no de la «revolución», como se decía hasta ahora).

prisa y puede esperar los resultados». Una frase con la que termina el libro antes citado podría exponer la idea que tiene de sus congéneres terrícolas. Cuando los dos astronautas imagina-

rios regresan de la Luna, contemplan su mundo en torno y exclaman: «Las gentes de este planeta tienen el aspecto de locos. Regresemos rápidamente a la Luna».

CUBA, AÑO DECIMO

Diez años de revolución cubana. Y frente a un año difícil, ha dicho Fidel Castro, seguramente el año más difícil de todos los vividos a lo largo de este hondo proceso de transformación. La revolución cubana ha sido siempre —¿exageraremos?— mal interpretada en Occidente. Se convirtió, desde un principio, en un tema romántico-sentimental al que acudieron con avidez las malas conciencias de un mundo que, entonces, parecía sin salida. Algo semejante ocurriría con la guerra del Vietnam, con la que el régimen de Fidel Castro se ha sentido siempre tan identificado.

La revolución cubana, a pocas millas de los Estados Unidos, ha podido sobrevivir a las peores dificultades: la invasión de Girón, tan rápida y unánimemente reprimida; el aventurismo de Kruschev cuando la crisis de octubre, la amenaza constante de los cañoneros norteamericanos, el bloque económico llevado a un grado increíble. Es —aquí está el peligro para los intereses norteamericanos en el hemisferio occidental— un modelo para otros pueblos. ¿Por qué? Más que nada por su especificidad. El socialismo cubano, que ha tenido sus teóricos en Guevara y Castro, se ha definido por su orientación autóctona y por sus bases teóricas independientes e integradoras. Frente al monolitismo de los bloques, a la congelación del socialismo en los países del bloque oriental, frente a la estrategia esclerotizada —«browderista»— de los partidos americanos —sin excluir el cubano, que no se sumó a la revolución hasta última hora—, la revolución que bajó de la sierra impuso con sus barbas desafiantes, con su indumenta-

ria modestamente castrense, con sus costumbres adquiridas al aire libre del trópico, con su alegría caribeña, unas condiciones originales, una evolución social —no hay que olvidarlo, los principales dirigentes procedían de la pequeña-burguesía— cerebralmente medida, esencialmente antidogmática —recuérdese la liquidación primera (y la última, bien reciente) del grupo de Amfibal Escalante y el proceso de Marcos Rodríguez— hacia una forma de socialismo, en la cual el factor moral se ha sumado al científico para lograr unos fines urgentes determinados por la constante amenaza exterior. La «ofensiva revolucionaria», lanzada este año que termina por Fidel Castro, reviste este carácter: todo un pueblo se ha movilizó para conseguir unos objetivos concretos que han de representar el éxito definitivo.

En definitiva, los hechos reales han superado el «romanticismo» que los europeos de la izquierda —frustrados una y otra vez— buscaban en la isla del Caribe. Una revolución, por específica, antidogmática y autóctona que sea, constituye una empresa dura e implacable. Muchos se niegan a entenderlo: son aquellos que vieron en Guevara al héroe por encima del gran político y estratega que era. Son los que admiran la elocuencia de Castro sin saber, o querer, penetrar en sus profundidades doctrinales. Son los que padecen miopía ante una isla lejana, cercada, desgarrada por su propia autotransformación, que ha convertido el trabajo en la razón fundamental para poder subsistir manteniendo a toda costa las perspectivas abiertas un primero de enero hace diez años. ■ E. G. R.

EL AZUCAR Y LA REVOLUCION

Para Cuba, este primero de enero de 1969 no es un aniversario como los precedentes. Ya no es, como se le llamaba hasta ahora, el aniversario de la revolución, sino el décimo aniversario de la «rebelión». Fidel Castro lo ha explicado en varios de sus últimos discursos: «Hace diez años —decía en sustancia— no éramos todavía más que rebeldes. Y poco a poco —con nuestros errores— hemos sabido lo que es la revolución: no una explosión liberadora que colma de un golpe todos los deseos reprimidos hasta entonces, sino un trabajo tenaz para crear a la vez las bases materiales y los hombres de una sociedad liberada».

Esta redefinición permite prever que, después de 1968 —año de austeridad y de redoblados esfuerzos—, 1969 será, por lo menos, un año igual de duro. Puede ser, incluso, el más duro desde 1959, pues precede al año del gran salto adelante, en el curso del cual debe cuadruplicarse la producción de leche; el arroz, abundante; la reaparición del café y, sobre todo, que la producción de azúcar alcance los diez millones de toneladas.

Estos famosos diez millones de toneladas, que se vuelven a citar en cada discurso de Fidel Castro, ¿qué sentido tienen? ¿Se pueden conseguir? ¿Y por qué volver a dar tan masivamente la prioridad al azúcar después de haber proclamado hasta 1965 que

se imponía industrializar, diversificar la agricultura? Las respuestas a estas preguntas son, algunas veces, inesperadas.

Después de haber dado durante cinco años la prioridad a la industria y a la diversificación agrícola, los cubanos descubrieron que se metían en un callejón sin salida. El antiguo régimen y la dominación yanqui les había legado industrias ligeras, pero prácticamente ninguna industria de base. Desarrollar las industrias de transformación existentes obligaba a importar grandes cantidades de materias primas y de productos semielaborados y, por supuesto, el cemento, ladrillos y el yeso necesarios para las construcciones.

En 1964-65 representaban más de la mitad, en valor, del total de las importaciones cubanas. Siguiendo por este camino, ¿cómo se iban a pagar las cada vez más importantes importaciones? La orientación decidida en un momento en que el país no tenía todavía ni estadísticas, ni mapa geológico, ni censo de los recursos potenciales, era insostenible. Se imponía empezar a partir de nuevas bases; desarrollar primero las producciones que podían aumentar más rápidamente y, a medida que iban creciendo, invertir el excedente exportable en la construcción de una base industrial coherente.

De este modo, se volvió a dar la prio-

DISCURSO DEL JEFE DEL ESTADO



A las diez de la noche del día 30, el Jefe del Estado dirigió a los españoles su tradicional discurso de fin de año, que versó, entre otros, de los siguientes temas: Crisis mundial: «Todas las ideas y todos los hechos están sometidos a revisión, análisis críticos y, en su caso, a nuevos planteamientos. No escapan a este revisionismo universal ni los sistemas educacionales, ni las ideas sociológicas, ni económicas o políticas, ni la misma aplicación de los principios éticos y religiosos, y no podemos extrañarnos que ante este horizonte cambiante se produzca entre los hombres un clima de miedo y desesperación». «El gran tema de la sociedad política actual es encontrar un instrumento de gobierno que conjugue armoniosamente autoridad y libertad, desarrollo y estabilidad...». La situación española: «El inmovilismo es inviable en nuestra época, aunque haya ocasiones en que se requiera prudencia, sin que esta prudencia sea contradictoria con las nuevas aceleraciones». El Plan de Desarrollo: «El desarrollo no puede ser obra exclusiva de unos gobernantes o de unos técnicos. Es una empresa nacional en la que todos tenemos nuestro puesto...». La Universidad: «Esas alteraciones en la Universidad han servido para despertar la conciencia y la responsabilidad en los medios docentes...». El Mediterráneo: «La tensión en el Mediterráneo constituye para nosotros un estado de cosas que, por afectarnos directamente, no puede ser contemplado sin inquietud...». «La voz de España debe ser escuchada...». Guinea: «Nuestro país ha alumbrado en 1968 un nuevo Estado independiente. La República de Guinea Ecuatorial se suma así a la gran familia de los pueblos hispánicos». Gibraltar: «El consenso internacional ha sido claramente expresado, una vez más, por las Naciones Unidas, que han emplazado a Gran

Bretaña para su solución».

riedad al azúcar (pero también al tabaco, al arroz, a la pesca marítima y a la ganadería). La caña de azúcar era lo que los cubanos sabían hacer mejor y más rápido. Iban casi a triplicar la producción, que había descendido en 1963 a 3,8 millones de toneladas. Perplejidad de numerosos economistas europeos: ¿de dónde se iban a tomar las superficies agrícolas necesarias? ¿De dónde se iba a sacar la mano de obra? Respuesta de los dirigentes cubanos: hasta ahora, la caña no se seleccionaba, no se utilizaban abonos, no se regaba, los rendimientos eran muy bajos. En la actualidad se están construyendo las fábricas de abonos; han aparecido pantanos que permitirán regar, en 1969, 335.000 hectáreas de caña. Más de 400.000 hectáreas han sido plantadas de nuevo durante el año pasado con brotes seleccionados, de los que se espera un rendimiento de 85 toneladas por hectárea en lugar de las actuales de 45 toneladas. En cuanto a la mano de obra, ésta será progresivamente sustituida por 5.000 cosechadores, de concepción cubana, cuyos prototipos están terminando ahora sus primeras pruebas. Admitámoslo. Pero, ¿qué se hará de los diez millones de toneladas de azúcar? Los soviéticos, que compran la mitad, revenden ya subrepticia-

mente que no saben cómo emplear. ¿China? Comparará un millón de toneladas en 1969 al mismo precio que la Unión Soviética. Se podrán vender dos millones de toneladas en Europa y Asia. ¿Para qué servirá el resto? ¿Para hundir las cotizaciones mundiales con la esperanza de que un enorme «crack» azucarero provoque una serie de rebellones en los campos brasileños y argentinos?

Esta posibilidad ya fue evocada por algunos dirigentes cubanos. Pero dicha posibilidad constituye un arma que Cuba tiene en reserva, no se trata de un objetivo. El verdadero destino del excedente de azúcar es de lo más inesperado: la alimentación del ganado. Trabajos llevados a cabo en Cuba por investigadores británicos presentan, efectivamente, excelentes resultados, añadiendo hasta un 40 por ciento de melaza o de jugo de caña a los tradicionales forrajes. ¿Despilfarró? En absoluto: una hectárea de caña de 18 toneladas de melaza completa por cosecha y una cosecha cada nueve meses. Ningún cultivo forrajero tradicional tiene un rendimiento tan elevado. Es más, la melaza se puede transformar industrialmente, después de una siembra bacteriana, en un sobrealimento que contiene el 50 por ciento de proteínas.

La clave del misterio de los diez millones de toneladas de azúcar es